

LA PERLA DE SION,

PERIÓDICO LITERARIO

PUBLICADO EN LOOR DE MARÍA, MADRE DE DIOS,

bajo la proteccion

DE LA ACADEMIA BIBLIOGRÁFICO-MARIANA.

Se publica los días 15 y último de cada mes, al precio de DOS reales mensuales. La correspondencia se dirigirá al Editor propietario D. Ricardo Gomez Montero, Almería.

JUEVES SANTO.

SUMARIO.

La Pasion de Jesus, por la Señorita Doña Rogelia Leon.—*Al pié de la Cruz*, por la Señora Doña Enriqueta Lozano de Vilches.—*Dolores de María Santísima*, por la Señorita Doña Ana María Franco.—*Dolores de María*, por la Señora Doña Joaquina Marco de Carnicero.—*Ultima palabra pronunciada en la Cruz por el Redentor del mundo*, por Don Mariano Alvarez y Robles.—*A María*, por Don Aureliano Ruiz.—*María al pié de la Cruz*, por Doña Joaquina Marco de Carnicero.—*A María Santísima*, por D. F. J. Simonet.—Suelos.

LA PASION DE JESUS.

Hoy que los adelantos de la época van haciendo dispar por completo, las todavía rezagadas costumbres del gentilismo, que se complacia en derramar sangre humana y en despojar de la vida a sus semejantes, con la misma frialdad é indiferencia con que se puede cortar de un árbol una mala desprendida, creo que es la época llamada a detenernos mas que nunca en la pasion de Jesus, haciendo consideraciones y raciocinios, del gran sacrificio del hombre Dios, para salvar las generaciones.

La mujer sobre todo debe detenerse, ante lo que era sin la venida de Jesucristo, y lo que ha sido después que publicó su doctrina.

Reelegada á la humilde condicion de la esclavitud, solo era para el hombre, lo que es hoy en la ley de Mahoma, un objeto de placer, á quien no se concedia

el derecho de tener alma, ni corazon, ni sentimientos. Sus facultades intelectuales, estaban oprimidas por la voluntad de su señor y era en ella la idea, un prisionero de ardiente fantasia, á quien no se deja pasar el umbral de su calabozo.

Vivia maquinalmente, y no la era permitido emitir su juicio en presencia del rudo Herodes que se la destinaba por compañero. Considerada como una cosa de baja y humilde condicion, que se compra como un cuadro de basto lienzo, solo por la belleza de la pintura, gozaba contados dias del influjo material y despues yacia en el olvido despreciada y ayasallada de aquel rey tirano, gefe del acerbo hogar donde estaba destinada á morir ó vivir sufriendo.

Su vida era la de las rosas del valle; agradan al pasajero por su color y perfume, las arrancan de su tallo, aspiran su fragancia, y despues mústias y ajadas las arrojan con desprecio, sin volver á recordar jamás, lo que fueron antes de venir á confundirse en el lodo.

Así es que la misma mujer tenia una desventajosa idea de sí propia.

¿Cómo convencerse de su valimiento, viendose de continuo humillada?

¿Dónde hay fuerza de voluntad, filosofia posible, que se sobreponga á un menosprecio general y marcado?

¿Cómo buscar en aquellos tiempos una mujer con el talento y la audacia suficiente para promover una cruzada y hacer valer sus derechos y la bendita mision á que estaba destinada?

El Supremo Hacedor, cansado de ver á la bella mitad del genero humano oprimida barbaramente, detiene sus miradas en una ciudad bellisima donde entre frondosos bosques de gigante arboleda, crecia una naturaleza fértil y aromosa, como jamás habían visto ojos humanos.

Las delicias de aquel pais, solo podian compararse al paraiso, y en él debia nacer la madre de Jesus, de una madre tan pura como bella.

—¡Nazaret!... ¡nombre bendito!... ¡jardin de inefables delicias!... Entre tus bosques de flores, al arrullo de tus cristalinos arroyuelos, en el terreno feráz donde no habia pedazo de tierra que no diese una flor ó un arbusto, estaba destinado que tuviese su cuna Maria, la estrella de los cielos, la joya del Oriente, y la intercesora y madre de los pecadores!

Allí la niña bendita corrió tras las mariposas y jugueteó sencilla y rústicamente, sin orgullo ni vanidad, ni conocimiento de lo que llegaría á ser, hasta que el ángel del Señor le anunció el divino misterio.

La bella y dulce Maria, la pura y casta doncella, aceptó la voluntad de Dios, no con altanería ni vanidad por ser la elegida entre todas las mujeres, sino con la humildad y el recogimiento de quien obedece á su Dios.

¿Quién la habia de decir que aquel hijo que llevaba cariñosa en su seno amándole cual ninguna madre, habia de ser escarnecido y crucificado?

¡Ella que hubiese dado por su hijo las puras gotas de su sangre bendita!

¡Ella que acabado de nacer lo abrigó entre sus preciosos brazos, y lo estrechó sobre su amante corazón y le dió los raudales de su blanco pecho!

¡Ella que con sus delicadas manos lavaba sobre la dura piedra la humilde ropita del precioso niño y no dormía ni sosegaba porque el adorado hijo de sus entrañas disfrutara descanso y comodidad!

¡Ella que besaba apasionadamente la rosada boca del niño Jesus y elevándole en sus brazos lo presentaba á José con entusiasmo divino!

¡Ella que no apartaba sus ojos del rostro dulce y afable de aquel ángel de ternura, estaba destinada á verle morir en una cruz!

¡Madre amorosa!... ¡madre bendita!... ¡madre de adoración y de pureza! ¿cómo pudiste sufrir tantos dolores?

¿Cómo sobrellevar la marcha precipitada á Egipto, bañados los piés de sangre y sin poder respirar, oprimiendo con delirio la prenda de tus entrañas, temiendo le arrebatasen los impíos?

¡Pobre Maria! ¡pobre José!... ¡cuánto sufrieron en aquel camino!

Apenas podian respirar. Sus piés resbalaban. El cansancio les hacia sucumbir, pero no vacilar.

Caminaban huyendo de la tiranía de los hombres, mas las profecías debian cumplirse y que la casta Virgen de los cielos, sufriese las mayores

agonías que ha experimentado madre ninguna en el mundo.

¡Pobre madre! ¡cuántos raudales brotarían sus ojos cuando despues de correr y correr sin tregua para llegar á Egipto, al ver cumplido su deseo, al juzgar seguro el precioso bien de su vida, volvió la vista y le buscó en vano!

El niño Dios se habia perdido.

¡Pobre madre! En aquellos momentos su angustia no tuvo límites, desolada, suelto el cabello, el rostro bañado en lágrimas de dolor, le buscó por todas partes.—¡Jesus! ¡hijo mio! ¿dónde estás? ¿Qué es de mi hijo?... ¿Dónde está mi hijo?

¿Porqué te has separado de tu madre? ¡Jesus! ¡Hijo mio!... ¿Qué es de mi hijo? ¡Dónde está mi hijo!

Y la Virgen Maria, oprimiéndose el corazón con ambas manos, llegó al templo y encontró allí la joya que buscaba; ciencia esplicando á los hombres de mas ciencia.

¡Oh! con qué frenesí escucharía la bendita madre las sábias razones de aquel hijo!..

¡Oh! madres que tanto os llena de orgullo cualquier pequeño triunfo de los vuestros... llorad por Maria! Llorad por la Virgen madre, que teniendo un hijo cual ninguno en virtudes, belleza y sabiduría, lo vió subir al Calvario, con el pesado madero y sufriendo blasfemias y duros golpes de un pueblo desmoralizado y cruel.

Ese pueblo inculto y sangriento, ese pueblo que siempre seria el mismo, sin la doctrina que les legó el Crucificado, se agrupaba en horribles masas al rededor de Jesus, le oprimía, le insultaba, le hacia caer bajo el peso de la cruz.

El hermoso rostro del Redentor chocaba con las duras piedras, se acardenalaba, se tornaba lívido.

El sudor inundaba su frente, sus negros y brillantes ojos se cerraban por el dolor, y aquel espeso y sedoso cabello, caía sobre los hombros destilando sangre.

Y la amorosa madre, la mártir entre las mártires, caminaba detrás de esa muchedumbre insolente y despiadada.

¿Quereis decirme, las que sois madres, como iría el corazón de la reina de los cielos?

Cada vez que su hijo caía en tierra, ó recibía un golpe cruel de aquellos espantosos y rudos sicarios, ¿qué dolor tan agudo no recibiría el pecho de aquella muger bendita?

Y lo siguió sin embargo hasta el Gólgota, y estuvo al pié de la Cruz, y alzaba los ojos y miraba el destrozado rostro de su hijo y oía los duros golpes del martillo, y las zanzas que hacían en las carnes los cordeles, cuando tiraban los sayones con impiedad horrorosa.

Y todo lo oía, y todo resonaba en su tierno pecho, y cada mal tratamiento y cada blasfemia, y cada golpe, era una herida que se abría en su corazón.

Y aquella hiel y vinagre, que los sarcásticos y horribles enemigos ofrecieron á la boca que ella habia alimentado con las fuentes de su seno, ella la gustó en su pensamiento como amarguísimo acibar, y lloró la impiedad y el insulto con lágrimas desoladas.

Y su último y mas grande dolor, fué cuando su hijo, dirigiendo los cadavéricos ojos hácia la madre que tanto amaba, le dijo con firme acento.—«¡No llores muger, no llores!»—La Virgen se estremeció, miró á su hijo.—«¿Porqué muger y no Madre, hijo mio? ¡Muger! ¡muger! cuando muero por tí, hijo de mis entrañas!»—«¡Sed Madre de los hombres!!! contestó Jesus, pagando así los insultos y rudos golpes que le daban.»

¿Me quereis decir, los descreídos, los ateos, los que aceptais otra religion hallando defectos en la nuestra, si hay necesidad de otra doctrina, de otros libros sagrados, de otros ejemplos que esas palabras, tipo de lo grande, de lo elevado, lo sublime y lo generoso?—«¡Sed Madre de los hombres!» ¡Sed Madre de los hombres que lo crucificaban, taladrando sus carnes, haciendo crugir sus huesos, y tratándole con la befa y ludibrio, peor aun mil veces, que las espinas agudas, con que punzaban sus augustas sienes.

—«¡Sed Madre de los hombres!»... cuando estos hombres eran mas iracundos y sanguinarios, que las panteras del ardiente desierto, y mas crueles que el encarnizado chacal que aprisiona una víctima.

Estudiad esas palabras y oír las que casi espirante y elevando los ojos le dijo al escelso Padre con el mas amoroso extremo.—«Señor, perdónalos, no saben lo que se hacen!».

¿Se podria encontrar mayor abnegacion y virtud? ¡Buscar disculpa para tan horroroso crimen, en el acto de estar recibiendo las ofensas y los dolores!

¡Oh! arrodillémosnos é imitemos á Jesus. Al visitar sus templos pidámosle fortaleza y generosidad para perdonar las culpas, y guiar á los pecadores en la senda de la virtud, con el ejemplo de tan santas palabras.

Acompañemos tambien en su soledad á Maria.

¡Vosotras piadosas mugeres, que cuanto sois y gozais, lo debeis á esta escelsa señora y á la doctrina que predicó su divino hijo, llorad y rezad, y en vuestra mision de madre en la tierra, llenad los deberes que impone tan sagrado ministerio, y hareis de seres acaso desnaturalizados y crueles, hom-

bres piadosos y humanos, que estiendan por el mundo y lleven á los confines del Africa, á los mas apartados desiertos, á los mas olvidados climas, la voz del Evangelio y la caridad.

Rogelia Leon.

AL PIÉ DE LA CRUZ.

Muger, ve ahí á tu Hijo.
EV. DE S. JUAN.

El sol vela su lumbre; la tierra se estremece;
la luna torna opaco su pálido fulgor;
el mundo vuelve al caos; la creacion perece,
ó próximo á la muerte se encuentra el Hacedor.

El brillo del relámpago cien veces ilumina
del Gólgota en la altura el árbol de la Cruz,
y al pié del Hijo escelso la Madre mas divina
buscando de sus ojos la ya estinguida luz.

La frente de la augusta dulcísima señora
se dobla bajo el peso de su hondo padecer,
en tanto que el acento del Hijo á quien adora,
No llores ¡ay! la dice, no llores, no, muger...!

De hoy mas será tu Hijo mi amado Evangelista;
él siempre te acompañe y calme tu pesar;
y si en la tierraijas tu estremecida vista,
¡ay! vé por cuantos seres aun tienes que velar...!

Atónita, agitada oyó la Virgen pura
aquella voz divina que el alma la oprimió,
y en medio de su pena y acerba desventura
—¡Muger...! ¡ya no soy madre! temblando murmuró.

¡Muger! ¡cuando esa sangre que de tus sienes brota
y que del hombre sella la eterna redencion,
cual plomo derretido la siento gota á gota
caer sobre mi triste y herido corazón....!!

¡Muger! ¡y cuando miro la mano idolatrada
que en un día formara espacio y tierra y mar,
contigo tengo el alma al par crucificada
y no hay pesar tan grande que iguale á mi pesar!

¡Muger! ¡cuando las lágrimas escaldan mis mejillas,
cuando contigo pierdo de mi existir la luz!
¡cuando tenerme pueden apenas mis rodillas
al pié, dulce Hijo mio, de tu sangrienta Cruz...!!

¡Muger...! ¿Por quién entonces, perdiendo bien y
mi hogar y mi reposo por siempre abandoné?
¿por quién en mil pedazos partida tengo el alma?
¿por quién morir quisiera de aquesta cruz al pié?

¡Ay! solo esa palabra que mi dolor abona
y sella mi martirio de un modo tan cruel,

de Reina de los Mártires me cine la corona
y anega mi existencia en negro mar de hiel

¿En qué pude ofenderte? respóndeme, Hijo mío!
¿por qué el nombre de madre me niegas al morir?
¿acaso no comprendes que en mi martirio impio
este tormento nuevo no puedo resistir....?—

Aquella voz amante, suave y angustiada
del Hijo en las entrañas yibrante penetró;
fijó en la triste Virgen su lánguida mirada
y en ella estas palabras Maria comprendió:

—Sé madre de los hombres, doliente Madre mia;
no tienen en la tierra mas bienes que tu amor;
por tí, por la amargura que agotas este día,
perdonaré sus culpas y olvidaré su error.

Si mar tempestuoso sin brújula es el mundo,
sé tú el áncora santa de ansiada salvacion...
y si es valle de lágrimas en duelo y mal fecundo,
sé tú dulce esperanza de eterna redencion!

Consuela tú sus horas de eternas agonias,
sé luna de sus noches, y estrella virginal,
y sol esplendoroso de sus tranquilos días
y de su triste vida la antorcha celestial.

Sé, Madre de los huérfanos, auxilio de afligidos
y fuente inagotable de gracia y de virtud:
sé tú el amparo cierto de tristes desvalidos;
sé, Madre mia, el iris de paz y de salud!

En este triste instante, adóptalos, señora,
entre tus puras lágrimas y tu cruel dolor:
fiados á tu amparo les dejo desde ahora...
¡defiéndalos tu mano y sálvelos tu amor!—

Alzó la Virgen casta su inmaculada frente...
tendió sus sacras manos en derredor de sí...
—Venid, dijo á los hombres, con voz dulce y doliente;
¡illegad....! de Adán la raza, ya tiene madre en Mí.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHES.

DOLORES DE MARIA SANTISIMA

DOLOR I.

Profecía de Simeon.

Inmaculada virgen, dulcísima Maria,
humilde al templo llevas al rey de la creacion,
y traspasa tu alma, amante Madre mia,
como punzante daga la voz de Simeon.

II.

Huida á Egipto.

Por ásperos lugares en noche tenebrosa
caminas, Virgen pura, con pena y con temor,

para salvar tu hijo cual madre carinosa,
de los verdugos viles de Herodes el traidor.

III.

Jesus perdido.

Tu corazon de madre, saltó roto en pedazos,
cuando á Jesus perdistes ¡oh Virgen de Sion!
y al Cielo levantando tus maternales brazos,
con suplicante acento pediste compasion.

IV.

La calle de la Amargura.

Profundo es tu quebranto, inmensa tu amargura
y el sentimiento vela de tus ojos la luz,
cuando á Jesus hallaste ¡oh Virgen sin ventura!
en la sangrienta calle con la sangrienta cruz.

V.

La Crucifixion.

Los golpes de martillo que inicuos ¡ay! le dieron,
al justo de los justos en su crucifixion,
cuchillos penetrantes, Virgen divina, fueron,
que agudos traspasaron tu amante corazon.

VI.

Descendimiento

No hay dolor en el mundo como el que tu sufriste;
cuando del árbol santo miraste descender
á tu hijo ya cadáver, y tierna retuviste
en tu doliente seno su inanimado ser.

VII.

Sepultura de Jesus y soledad de Maria

Terrible aquel momento ¡oh Virgen dolorosa!
que de tus puros brazos le arrancan sin piedad,
y sepultarle viste bajo marmórea losa
dejándote sumida en triste soledad.

Plegaria.

Horrible es tu martirio, muger predestinada
para hollar la cabeza del pérfido Luzbel.
Horrible es tu tormento, paloma inmaculada,
purísimo sagrario del Santo de Israel.

Por la divina sangre que derramó inocente
del Gólgota en la cumbre muriendo el Redentor,
la mancha se ha borrado de la culpable frente
y llora arrepentido su falta el pecador.

Acójenos piadosa, santísima Maria,
y danos como á hijos consuelo y proteccion,
ofrece por nosotros tu duelo y tu agonía
y alcánzanos propicia la eterna salvacion.

Refugio de los hombres, selecta intermediaria,
ormada y elegida de Dios á voluntad,
escucha, Madre tierna, mi fervida plegaria;
que en ti Señora, espera la triste humanidad.

Ana Maria Franco

DOLORES DE MARIA.

Maria, la mas sensible y la mas santa de todas las criaturas apuró hasta las heces el amargo caliz del sufrimiento; aquella madre bienaventurada habia de seguir el camino de abrojos de su divino hijo, y aceptó en nuestro obsequio los tormentos de tan penosa vía.

Llegó el tiempo señalado por el Altísimo para la predicacion del Evangelio. Josef ya no existe, y Jesus vá tambien á abandonar á Maria. ¡Cuan sensibles fueron los adioses de la mas tierna de las madres y de su divino hijo, modelo de todas las virtudes y del mas acendrado amor filial! ¡Cuan dolorosos para la Santa Virgen á quien indudablemente habia explicado Jesus las profecias, y que dado caso de no ser así conservaba tan vivo el recuerdo de las palabras del Señor! Con todo, no intentó oponerse á tan cruel partida, porque habia bebido en el corazon de Jesus una profunda commiseracion hácia los infelices mortales, commiseracion que nada dulcificaba los tormentos de tan larga separacion, durante la cual consideraba á su amante hijo en el desierto, aislado, sin alimento y sin abrigo.

Pero la generosa Maria sabia abandonarse á la Providencia que vela sobre todos, poniéndonos en relieve su pasmoso ejemplo; á fin de que cuando floremos la ausencia de los seres queridos, recordemos que el Señor guarda á sus hijos, y roguemos por ellos.

Después de un largo ayuno en el desierto, volvió Jesus á consolar á su muy amada madre, y á su ruego hizo el primer milagro convirtiendo el agua en vino en las bodas de Caná. Los Nazarenos sus compatriotas se habian sublevado contra él, y Maria abandonó su pueblo por seguir á Jesus.

Humildemente oculta entre la multitud escuchaba su divina palabra, y así fué como presencié su entrada triunfal en la ciudad deicida. Dos dias después arrostraba los insultos del populacho y las lanzas de los soldados para aproximarse á este hijo adorado, reclamándolo públicamente cuando cubierto de ignominia y sucumbiendo bajo el peso de la cruz caminaba á la muerte. «¡Madre mia!» exclamó el divino Cordero al apercibirla; y resonando esta voz como un fúnebre clamor en los oídos de la Reina de los mártires, cayó sin accion sobre el pavimento.

En los dias de triunfo Maria se confunde entre la multitud, pero cuando Jesus se vé cubierto de vergüenza y abandonado de todos, lo reclama resueltamente.

El discípulo favorito y la Magdalena que amaban y veneraban á Maria como á su querida madre, la devolvieron al sentimiento de la existencia, esforzándose por susstraerla á la cruel escena que se pre-

paraba en el Calvario; pero nada es capaz de detener á esta animosa madre, y en pos de su divino hijo trepa al monte en donde lo vé desnudo, espuesto á los insultos y las burlas de la plebe.

Viendo ya próximo el instante fatal, la condujeron hácia una gruta formada en la roca que se hallaba á cierta distancia. Desde allí oyó los martillazos que sujetaban á Jesus á la cruz, y que á ella misma, triste madre, la hacian probar todos los dolores de la crucifixion, porque jamas hubo mártir que sufriese en alma y cuerpo tan vehementes torturas.

Eliminándose no obstante del asilo en donde la retenian San Juan y la Magdalena, vino á colocarse al lado de la cruz. De pié, con las manos juntas y los ojos elevados hácia este hijo tan amado, se asimilaba á la estatua del dolor. Fijando Jesus sobre ella su dulce y misteriosa mirada parecia decirle «Madre mia llegó la hora.» Y cuando á las imprecaciones del pueblo respondia con misericordiosas frases de clemencia y de amor, lo repetia en su corazon. Por fin, Jesus después de habernos dado toda su sangre, quiso legarnos su último tesoro, y personificando á la humanidad entera en su discípulo amado, dijo á su madre «hé ahí á tu hijo» y á Juan «hé ahí á tu madre» dicho lo cual podia consumir su sacrificio; acababa de asegurar una madre á todos los hombres, un refugio al pecador endurecido.

La naturaleza entera se trastornó en la muerte de Jesus; rasgóse el velo del templo, la tierra se conmovió y aquel mismo Gólgota testigo de tantos dolores, amenazó al abrirse aniquilar al pueblo deicida.

Maria permaneció inmóvil al pié de la cruz. Sustragéronla á sus tristes pensamientos los aprestos del descendimiento; sobre sus rodillas fué donde depositaron el cuerpo de Jesus. Es necesario ser madre, y madre como ella, para medir la inmensidad de su dolor. Mas vasto y mas profundo que el océano, sus olas no obstante se contuvieron á impulso de su esforzada sumision á la voluntad de Dios.

Después de colocado Jesus en el sepulcro, permaneció largo rato absorbiendo en una dolorosa contemplacion; fué necesario recordarla que se aproximaba el sábado para desviarla de aquel sepulcro donde dejaba con Jesus su corazon.

Joaquina Marco de Carnicero.

ULTIMA PALABRA

pronunciada en la Cruz por el Redentor del mundo.

Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.

I.

En el nombre de Dios omnipotente que con su aliento al maldecido aterra: en el nombre del Señor, justo y clemente en quien la gracia y el poder se encierra: en su nombre inmortal, triste viviente que cruza errante la afligida tierra,

á ensalzar su pasión mi voz levanto
en toscó, humilde y apacible canto.

II.

¡Santo Dios de Sion! pura y radiante
la santa Fé en mi corazón germina:
préstame inspiración un solo instante:
el rudo bardo con fervor se inclina.
Te contemplo en la Cruz; deja que cante
tu gloria inmensa, colosal, divina....
Si me falta el saber, soy buen cristiano
y tu guiarás mi temblorosa mano.

III.

Siglos pasaban de terror y espanto;
huyó del corazón la fé perdida:
el mundo entero se anegaba en llanto,
la humanidad se conmovió afligida:
el Eterno Hacedor tendió su manto,
y por salvar la raza descreída,
del cielo descendió, triste viajero
para verter su sangre en un madero.

IV.

Todo se consumó, todo lo escrito:
cumplióse ¡oh Dios! la santa profecía:
enfundido el hombre en su delito
contemplaba impasible la agonía.
Tú redimiste al pueblo que proscrito,
descendiente de Rómulo gemía:
del Gólgota partió tu voz divina,
voz que el espacio en su extensión domina.

V.

El lábio articuló: «Padre, encomiendo
en tus manos mi espíritu:» ¡Dios mío!
tu mansedumbre y caridad comprendo
hacia ese pueblo que te ultraja impío:
escuchas sin cesar el grito horrendo
que lanzara en su loco desvarío,
y en prueba de humildad bendita y santa
tu voz hasta el Eterno se levanta.

VI.

«Encomiendo mi espíritu en tus manos:»
santa palabra de virtud tesoro;
palabra que llegara á los humanos
en tono celestial, canto sonoro;
palabra que revela los arcanos
de la Ley del Señor en quien adoro;
palabra en fin de mágica poesía
que lleva al corazón la luz del día.

VII.

«Mi espíritu encomiendo al SER divino,»
dijo el que dominó la fértil tierra:
el que el mundo cruzó cual peregrino,
y del llano formó la activa sierra;
aquél que el monte transformó en camino,
y del Eden las puertas abre ó cierra:
el Supremo Hacedor, que con su aliento
hizo girar al Orbe en su cimiento.

VIII.

La palabra espiró: cerróse el lábio,
y todo fué, y en la funesta historia
la página se borra del agravio,
con la sangre del Mártir de la gloria.
Cumplióse lo predicho por el sabio,
la catástrofe ¡oh Dios! no fué ilusoria.
Triunfante vá la Religión cristiana,
tu sangre redimió la raza humana.

IX.

Los velos en el templo se rasgaron;
los astros á su vez se oscurecieron;
los antiguos sepulcros estallaron
y los hombres sin fé palidieron.
Las piedras contra sí luego chocaron
y las aguas también se conmovieron,
y el Gólgota sagrado, vacilante
crujió sobre sus egés de diamante.

X.

¡Espiró el SALVADOR!... luto y espanto
cubrió la tierra en tan funesto día:
de la tumba saliera mas de un Santo
que al aterrado pueblo conmovía:
su insaciable rencor tornóse en llanto,
y al Dios que muere su plegaria envía,
clamando con José de Arimatá,
¡bendito el REDENTOR, bendito sea!

Mariano Álvarez y Robles.

A MARIA.

Plegaria.—Música de D. J. Domec.

Virgen pura que en trono de estrellas
que reciben su luz de tu encanto,
de los tristes enjugas el llanto
al trocar su dolor en placer;
No desoigas la humilde plegaria
que á tus plantas elevan, ferviente,
los que humillan contritos la frente,
de tu amor al inmenso poder.

Que eres fuente de dicha y ventura,
de virtudes eternas, modelo;
lazo que une la tierra y el cielo,
de la tierra y el cielo en honor.
Astro divo de luz y esperanza
que en el golfo del alma cintila:
de tu clara y ardiente pupila,
brotan mundos de vida y amor!

Aureliano Ruiz.

Méjico 1860.

Maria al pie de la Cruz.

De esos ojos de amor donde la aurora
Tomó un destello para dar su luz,
Concédeme una lágrima Señora
Que lllore tu dolor junto á la cruz.

Enmudecida miro tu quebranto
Sin osar sondear tu corazón,
Es imposible que el humano llanto
Pueda medir el mar de tu aflicción.

Estás junto á la cruz, no sollozando
Con exánime aliento de muger,
Sino sentidamente soportando
El martirio mas cruel que pudo haber.

Después de ver á tu Jesús llagado
Y recorrer sus vias de dolor
Tu amante corazón ha lastimado
De la memoria el duro torcedor.

Recuérdate tal vez el nacimiento
Del hijo con quien sufres la pasión,
Sin duda que tu triste pensamiento
Establece una cruel comparación.

Los ángeles allí con dulce canto
Celebraban gozosos su nacér
Y de la noche el enlutado manto
Tornábalo su gloria en rosicler.

Hoy de un pueblo tenáz el griterío
En su postrer suspiro goza cruel,
Y arrastrado por ciego desvarío
Quiere burlar su sed con ruda hiel.

En vez de aquella estrella luminosa
Que te envolvió con él en esplendor,
Hoy sin él, triste, sola y dolorosa,
De la niebla te cubre el espesor.

Allí se dilataba tu alma pura
Al darle el alimento maternal,
Hoy le ofreces tan solo la amargura
De tu mismo sentir tan natural.

Allí un beso tras otro, jóven madre
Imprimías en él con tierno ardor;
Hoy aunque tu alma la aflicción taladre,
Un cadáver no mas besa tu amor.

Engrandecida madre del Dios Santo
Sus homenajes compartiste allí,
Hoy al perderle, entre tu triste llanto
Hallas por hijo al pecador aquí.

¡Como un lábio vulgar audáz intento
De pintar tu dolor puede abrigarlo
Enmudezca la voz, y al sentimiento
La insuficiente idea dé lugar.

En tanto escuche tu clamor doliente
Que el alma viene tan intenso á herir,
Junto á la cruz el corazón que siente
Quiere tus hondas penas compartir.

Una lágrima dame de esa nube
Brotando perlas de tan gran valor
Que desprende tus ojos, dó el querube
Toma para sus alas esplendor.

Joaquina Marco de Carnicero.

A Maria Santísima

con la advocación de Consolatrix afflictorum.

Hoy que vuelve el alma mía
por el celeste favor,
que tu le alcanzas, Maria,
del letargo en que yacia
de amargura y de dolor.

Quiero alzarte humilde y pura
la primera voz, Señora,
de mi afecto y mi ternura,
como en pos de noche oscura,
saluda el ave á la aurora.

Cuando en fin de duelo tanto,
como á madre, te dirijo
mi reconocido canto,
enjuga el postrero llanto
de los ojos de tu hijo.

Madre si, madre amorosa:
tú de mi primer cariño
fuiste la imagen hermosa,
con quien soñaba gozosa
mi imaginación de niño.

Entonces único anhelo
eras de mi corazón:
soñar en tí y en el cielo
todo el afán y desvelo
de mi dichosa pasión.

Y cuando del mundo al mar
lancé mi nave en bonanza,
mi niñez al declinar,
te ví en mi cielo brillar
cual astro de mi esperanza.

Después tormentas que alzaron
en mi cielo las pasiones,
tu luz santa me ocultaron,
y el fátuo fuego inflamaron
de mentidas ilusiones.

No recuerda sin pavor
mi pensamiento la edad,
en que con culpable error
en otro objeto y amor
busqué mi felicidad.

Mas dicha tan lisongera
presto mostró sus engaños,
al transcurrir pasagera
con la verde primavera
de mis juveniles años.

Larga época de quebranto
luego para mi empezó,
que aun recuerdo con espanto:
dígalo el surco que el llanto
en mis mejillas abrió:

Yo en mi horrible desventura
con fé al ídolo llamaba
de mi amorosa locura:
mas la ingrata me dejaba.
á solas con mi amargura.

Mas tú, madre mia, en tanto,
aunque á mi vista escondida,
con los plieges de tu manto
secabas mi amargo llanto
y vendabas mi honda herida.

Luchaba con fiebre ardiente
en un lecho de tormento,
cuando sentí de repente,
cual fresca brisa, tu aliento
sobre mi abrasada frente.

Y al volver de su agonía
con tal regalo mi pecho,
los ojos del alma mia
te descubrieron, Maria,
velando cabe mi lecho.

Entonces vuelto á la vida
por tu celeste favor,
mi alma reconocida
juró no dar acogida
sinó á tu materno amor.

Pues vi con dolor profundo,
que tan sólo en la ventura
conserva su amor el mundo;

y el tuyo fiel y fecundo,
siempre para hacer bien dura

Por eso apagado en mi
todo terrenal cariño,
hé vuelto á poner en tí
todo el amor que rendí
á tu imagen cuando niño.

Y al llamarte madre mia,
gozo de un tranquilo bien,
esperando que algun dia
abras á mi fé, Maria,
las puertas del Santo Eden.

Entretanto único anhelo
será de mi corazón:
soñar en tí y en el cielo
todo el afán y desvelo
de mi dichosa pasión.

Málaga Julio de 1856.

F. J. Simonet.

*Del Semanario de los Devotos de Maria,
tomamos el siguiente suelto.*

Desde que se declaró cual dogma de fé la Concepcion inmaculada de MARIA, han deseado sus devotos que les sea permitido, por la competente autoridad de la Santa Sede, añadir la palabra *Inmaculada* en la salutación angelica. Ahora acaba de hacerse la primera concesion de esta clase. Su Santidad, por un decreto de Febrero último, ha concedido trescientos dias de indulgencia á todos los fieles cristianos que en cierta Iglesia dedicada á la *Inmaculada Concepcion de Maria en la diócesis de Sees*, al rezar el *Ave Maria* digan: «Santa Maria, Madre de Dios Inmaculada.» Es de esperar que esta gracia se entenderá á otras Iglesias, y que luego vendrá á ser universal.

ACADEMIA BIBLIOGRAFICO-MARIANA.

Esta Sociedad acaba de repartir entre sus asociados, ascendentes ya á mas de mil seicientos, dos bellisimas producciones, tituladas la una, *Los Dolores de Maria*, y la otra *Aromas y Flor del Cielo*.

(CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.)

ALMERIA:

Por Don Mariano Alvarez y Robles,

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

calle de las Tiendas número 19